



Espacios Públicos

ISSN: 1665-8140

[revista.espacios.publicos@gmail.com](mailto:revista.espacios.publicos@gmail.com)

Universidad Autónoma del Estado de México  
México

Carrillo Torea, Guadalupe Isabel  
La ciudad latinoamericana: constitución cultural  
Espacios Públicos, vol. 9, núm. 17, febrero, 2006, pp. 367-375  
Universidad Autónoma del Estado de México  
Toluca, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=67601722>

- [Cómo citar el artículo](#)
- [Número completo](#)
- [Más información del artículo](#)
- [Página de la revista en redalyc.org](#)



Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

# La ciudad latinoamericana: constitución cultural

Fecha de recepción: 30 de agosto de 2005. Fecha de aprobación: 26 de octubre de 2005.

*Guadalupe Isabel Carrillo Torea\**

## RESUMEN

*En el presente artículo se hace un recorrido por la evolución que han vivido nuestras ciudades latinoamericanas en su proceso de fundación y maduración. A través de los fenómenos culturales que iban ocurriendo, las ciudades adquirían distintos rostros, cincelados la mayoría por los mismos movimientos que sus habitantes producían. Se trata de escastrar en la historia urbana y cultural de nuestro continente a través de las transformaciones de las ciudades.*

PALABRAS CLAVE: ciudad, cultura, fenómenos urbanos, arte, habitantes.

## ABSTRACT

*In this article we do a route through the evolution of latioamerican cities in the process of foundations and maturation. Through the cultural phenomena that has happen, the citys have diferents faces, as a result of it's inhabitants actions . We try to dig in the urban and cultural history of our continent through thetransformation of cities.*

KEY WORDS: city, culture, urban phenomena, arts, people.

## INTRODUCCIÓN

La edificación de las ciudades supone un proceso complejo en el que no sólo participan los urbanistas o los arquitectos. Se trata de la confluencia de múltiples elementos entre los que juegan un papel prioritario los fenómenos culturales que se van desarrollando en las ciudades.

\* Profesora-investigadora Tiempo Completo en el Centro de Investigación en Ciencias Sociales y Humanidades de la UAEM. Candidata a Doctora en Letras por la UNAM. Maestra en Literatura Latinoamericana por la Universidad de los Andes, Mérida, Venezuela. Candidata a Investigadora del SNI desde el 2002.

La historia de Latinoamérica se ve fundamentalmente caracterizada por dos herencias de gran importancia: su pasado prehispánico y sus guerras de independencia. El mestizaje que surge de estos dos hechos es la marca distintiva de nuestras culturas en la actualidad. En el presente trabajo se pretende realizar un recorrido por las distintas etapas que en general vivieron nuestras grandes ciudades en el continente hasta fundar las que en la actualidad vivimos y recorremos. El hilo conductor es, básicamente, los fenómenos culturales y su repercusión en la organización urbana y en la conducta de sus habitantes. Las manifestaciones artísticas como parte de esos fenómenos son de vital importancia pues a través de ellas es como se manifiesta la voz del poder que constantemente trata de imponerse sobre la ciudadanía para establecer directrices de comportamiento y de esa manera consolidarse.

#### LA CIUDAD LATINOAMERICANA

Las ciudades latinoamericanas han vivido procesos de crecimiento muy disímiles. Sin embargo pertenecer a un mismo continente que ha coincidido en experiencias históricas semejantes (conquista ibérica, colonia, emancipación, dictaduras, democracias...) y que se comunica prácticamente en el mismo idioma, ha ido creando elementos identitarios que nos acercan y nos hermana. El fenómeno de la modernidad, por ejemplo, se lleva a cabo en nuestro continente de manera tardía y fragmentada: las grandes capitales presentarán fuertes contradicciones en sus espacios; algunos de ellos de gran esplendor arquitectónico y otros hundidos

en la miseria de casas de cartón. Esta constante todavía hoy presente es la que ha llevado a García Canclini a clasificar la modernidad latinoamericana como híbrida, pero no por ello con menor personalidad.

#### CONSTRUCCIÓN Y ERECCIÓN: PRIMERA ETAPA

La noción de ciudad latinoamericana arranca del mismo período prehispánico. La presencia de grandes ciudades como México Tenochtitlan o la mítica Teotihuacan en México, o bien el Cuzco entre los incas, son ejemplos más que expresivos del valor cultural y social que, ya para el momento, había adquirido la ciudad, concebida en toda su extensión de espacio público organizado. Evidentemente, se trataba de ciudades construidas en medio de los lagos, de la selva o en montañas escarpadas, de modo que su entorno aún seguía perteneciendo al medio natural sin transformaciones urbanas considerables. Luis Vitale subraya las características de las ciudades construidas por los indígenas, que las hacían diferir notablemente de las construidas según la tradición europea, cuando nos recuerda que:

En cada ciudad aborigen había muchos árboles, plantas, pastos, lagunas, arroyos y otros componentes autotróficos que proporcionaban energía propia. La ciudad indígena tenía entrada y salida propia de energía. Este tipo de ciudad constituía una unidad indisoluble con el campo. La mayoría de los habitantes de la urbe estaba dedicada a tareas agrícolas. Los indígenas se autoabastecían; no tenían necesidad de importar los alimentos esenciales, como deben hacerlo las ciudades moder-

nas. El consumo de agua era elevado, como consecuencia del regadío artificial, pero las ciudades aborígenes, a diferencia de las actuales, no tenían salida de agua contaminada ni desechos imposibles de reciclar. En síntesis, nos atrevemos a caracterizar la ciudad indígena como un ecosistema, con autarquía energética propia (Vitale, 1983: 41).

La fundación de las ciudades no se planteaba como una serie de construcciones contrapuestas a la naturaleza, sino que se asumía, incluso como una integración de ambos elementos. Más adelante y con la presencia del colonialismo español, muchas de estas ciudades fueron destruidas en su totalidad para ser sustituidas por otras concebidas por la mentalidad hispana a semejanza de las que habían habitado en la vieja España. Así ocurrió con la capital de la otrora Nueva España, que se desplantó sobre las ruinas de la antigua capital de los mexicas, pero utilizando como materiales de construcción fundamentalmente aquellos que habían servido para erigir la capital azteca. Este tipo de proceder supuso la aparición de nuevos sistemas urbanos en los que prevalecía el sentido de ocupación y de dominio a través de la fuerza sobre los indígenas. José Luis Romero en su obra *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas* (2001) considera que la fundación de las ciudades organizada por los conquistadores era más bien un acto de carácter político:

Un pequeño ejército de españoles o portugueses mandado por alguien que poseía una autoridad formalmente incuestionable, y generalmente acompañado por cierto número de indígenas, llegaba a determinado lugar y, previa elección más o menos cuidadosa del sitio, se instalaba en él con la

intención de que un grupo permaneciera definitivamente allí. Era un acto político que significaba el designio —apoyado en la fuerza— de ocupar la tierra y afirmar el derecho de los conquistadores (Romero, 2001: 61).

El deseo de emular las ciudades hispanas a través de la construcción de otras en los nuevos territorios “descubiertos” por los colonizadores ha presentado muchos matices. Si bien los nombres con que fueron fundadas era signo manifiesto de reproducir las conocidas (Nueva España, Córdoba, Trujillo, Valencia, Valladolid, Mérida, Nueva Granada...)—e, igualmente, la estructura del damero se importó a tierras latinoamericanas, imponiéndose en casi todas las que llegaron a ser grandes ciudades—, y aunque algunos autores insisten en este hecho,<sup>1</sup> no podemos olvidar que progresivamente se va plasmando el sello personal de aquellos que las habitaban.

Ángel Rama en su obra *La ciudad letrada* (1984) llega a afirmar que “los conquistadores no reprodujeron el modelo de las ciudades de la metrópoli de que habían partido, aunque inicialmente todavía vacilaron y parecieron demorarse en soluciones del pasado” para más adelante añadir de qué manera, por la experiencia que la misma conquista y colonización reclamaba, ellos fueron “respondiendo ya no a modelos reales, conocidos y vividos, sino a modelos ideales concebidos por la inteligencia, los cuales concluyeron imponiéndose pareja y rutinariamente a la medida de la vastedad de la empresa, de su concepción organizativa sistemática” (Rama: 1984: 3).

De cualquier modo, de aquellas inicialmente “ciudades fuerte” levantadas por la necesidad de protegerse de enemigos hasta desconocidos, (Romero, 2001: 48) se fundaron las llamadas ciudades barrocas, propias de la colonia, conocidas también como ciudades hidalgas. En ellas se mantuvo el trazado foráneo que describe acertadamente Alan Gilbert en su obra *La ciudad latinoamericana* (1997):

Tanto los españoles como los portugueses trazaron sus ciudades conforme a un plano fijo muy singular al de su país de origen. Si bien los portugueses eran mucho menos rigurosos y permitían más variaciones locales que los españoles, la influencia del estilo colonial es claramente reconocible en toda la región. La plaza central alrededor de la cual se reubicaron la iglesia o la catedral, las oficinas de gobierno y las casas de la elite aún siguen formando el centro, tal como el plano reticular que parte de la plaza central —en la medida en que lo permite la topografía— continúa representando la base de la moderna distribución de caminos. (Gilbert, 1997: 42)

#### LA COLONIA: CONFORMACIÓN DE LA CIUDAD LETRADA

En el periodo colonial se conformaba de manera más estable el poder del español cuyas aspiraciones no se reducían a conquistar y regresar a su patria, sino más bien, a establecerse en sólidos asentamientos con ánimo de vivir permanentemente en esas tierras. Este sentido de permanencia se verá reflejado en la necesidad de mantener bien controlados todos los poderes, de allí que se fuese forjando lo que Ángel Rama denominó la *ciudad letrada*:

En el centro de toda ciudad, según diversos grados que alcanzaban su plenitud en las capitales virreinales, hubo una *ciudad letrada* que componía el anillo protector del poder y el ejecutor de sus órdenes: Una pléyade de religiosos, administradores, educadores, profesionales, escritores y múltiples servidores intelectuales, todos esos que manejaban la pluma, estaban estrechamente asociados a las funciones del poder y componían lo que Georg Friederici ha visto como un país modelo de funcionariado y de burocracia (Rama, 1984: 25).

Efectivamente, los grupos de intelectuales utilizaron la palabra escrita para afianzarse en un poder ya establecido. De esta forma tratan de labrar el perfil del *ciudadano ideal* para sus intereses; esto es, el hombre sumiso que respeta a la autoridad y vive pacíficamente en los predios urbanos. Es evidente que la influencia de la palabra escrita se hacía cada vez más intensa, al extremo de convertirse en lo que Rama denominó “dueños de la letra” (Rama, 1984: 30). Sin embargo esa “letra” necesariamente debía instituirse en el espacio urbano más afín al mercantilismo de la época y a la noción de exclusividad que se apropian los intelectuales de entonces.

El estilo foráneo que impone la Colonia determina igualmente otro dominio de carácter ideológico que persiste hasta los difíciles años de la emancipación. Aquel periodo de mediados del siglo XVIII —y que se alarga a las primeras décadas del XIX— en que la pobreza invadía la mayor parte de la geografía americana, mostrará un paisaje urbano lleno de contradicciones. De las clases sociales muy bien delimitadas incluso por la diferenciación de las castas,

apenas los blancos criollos tenían acceso a los lugares privilegiados que se van construyendo en la ciudad.

En un momento en que la corte imponía estilos y modos de vida, algunas construcciones de la ciudad se convierten en sinónimo de lo artificial; espacios para el lujo materializado por la construcción de palacios, teatros e incluso monasterios que ostentaban riquezas y privilegios; de allí que en algunas obras literarias importantes de la época la oposición campo/ciudad se presentase en detrimento de la segunda. La naturaleza se asocia a la noción de identidad, de forma que acercarse a ella suponga retomar las raíces, ser americano.

Una vez lograda la independencia, los aires de renovación y progreso van filtrándose en muchos países de nuestra región latinoamericana. La influencia norteamericana en materia política, con las innovaciones del Estado federal se deja sentir y su proyecto de país se convierte en paradigma para muchos intelectuales sumergidos en el espíritu de la época. En materia urbanística, sin embargo, las influencias provienen más de Roma, Madrid y particularmente de París. Muchos gobernantes latinoamericanos buscaron imitar para las capitales nacionales los modelos parisinos.

Rosalba Campra recuerda, a propósito de Sarmiento, escritor argentino que marcó el rumbo cultural e incluso literario de mediados del siglo XIX, lo siguiente: “Para Sarmiento, civilización significa ante todo la idea del espacio urbano como centro de educación, el comercio y el desarrollo de las artes, es decir, como base de una vida

socializada, abierta al progreso, en contraste con el individualismo, la arbitrariedad y la improductividad reinantes en la pampa. La ciudad es lo que se puede abarcar, y por lo tanto legislar, contra la extensión anárquica del desierto pampeano” (Campra, 2000: 25).

La propuesta de Sarmiento se mantiene en Argentina por muchas décadas. La cultura decimonónica de mediados de siglo nos mostrará un rostro ciudadano diferente. Miguel Rojas Mix en un artículo publicado en la *Historia de la Literatura Hispanoamericana* (tomo II) puntualiza

En todas las capitales americanas operase en aquel momento la gran transformación. De este tiempo es la apertura de las largas y espaciosas avenidas que rompen el tradicional esquema en damero, en beneficio de una concepción más “moderna” de la urbe: Río Branco en Río de Janeiro, Paseo de la Reforma en Ciudad de México, Avenida de Mayo en Buenos Aires. Es la misma época en que se construyen los *Champs Elysées* en París o la *Commonwealth Avenue* en Boston. Junto a las avenidas nacen los grandes parques destinados al “paseo”. La ciudad se divide en barrios, residenciales y obreros. Surgen los cafés, los clubs privados, los jardines íntimos (Rojas Mix, 1999: 67).

Las ciudades adquieren, por tanto, una importancia mayor, acentuada por la novedosa reconstrucción de las mismas, por su incipiente modernidad que abre espacios, transformando las mentalidades. Sin embargo, es importante matizar los elementos singulares que conformaron a la llamada modernidad latinoamericana que presentó y presenta características muy variadas entre unos y otros de los países de la región.

## LA MODERNIDAD, ARTÍFICE DE LAS CIUDADES

En primer término sabemos que, fundamentalmente los países que habían sido virreinos, tuvieron un mayor empuje social y urbano; sus capitales eran reconocidas internacionalmente, y gozaban de gran prestigio. No ocurrió así a aquellos países a los que la Colonia les asignó condición de capitanías generales, como en el caso de Venezuela, de Ecuador o de Bolivia. También alcanzaron vigor y riqueza considerable aquellas ciudades puerto, que permitieron una afluencia comercial muy elevada, elemento éste que benefició el mercado interno y externo; de esta manera el proceso modernizador se llevaría a cabo más rápidamente. Así sucedió en Buenos Aires, por ejemplo, y no deben olvidarse los casos de La Habana y de Río de Janeiro, que durante siglos tuvieron una vida considerablemente cosmopolita, precisamente por sus actividades portuarias y marítimas.

Sin embargo, en líneas generales, sabemos que el poblamiento de las ciudades fue un proceso lento. La mayoría de los habitantes vivía aún en el campo, alejados de los centros urbanos. Este fenómeno se alargaría hasta bien entrado el siglo XX. Así lo precisa Alan Gilbert: “Hasta hace relativamente poco un alto porcentaje de la gente vivía en el campo. Sólo Argentina, Chile, Cuba y Uruguay tenían una mayoría de población urbana en 1950 y, en 1960 menos de la mitad de los latinoamericanos vivían en las ciudades” (Gilbert, 1997: 43).

Si bien la modernidad daba sus primeros pasos, también es cierto que la misma se

mezclaba con antiguas y muy recalcitrantes costumbres coloniales. Beatriz González Stephan explica, aludiendo al siglo XIX:

No sólo quizás, sino seguramente, la modernización fue tema vertiginoso y complejo baile de máscaras de la historia cultural del continente. La persistencia de estructuras y mentalidades fuertemente ligadas a un complejo de tradiciones sedimentadas a través del largo período colonial, aunque entraron en una fase de importante crisis, sufrieron no sólo un reacomodo ante el embate de las nuevas tendencias, sino hibridizaron aun más al incorporar a título de máscara o parapeto elementos de la modernidad. Ya en las últimas décadas del siglo, al menos en las grandes y medianas ciudades del continente, ser moderno o estar a la moda, es decir, parecer europeo o haber asimilado el estilo de vida de las metrópolis francesa o anglosajona era casi un imperativo (González, 1995: 432).

La artificialidad en torno a lo moderno que se respiraba en las últimas décadas del siglo XIX se mantuvo bien entrado el XX. Prácticamente todo proyecto de nación consideró a la ciudad como sinónimo de civilidad, incluso de ser moderno. El discurso oficial apuntaría entonces a considerar la vida rural como opuesta a la civilización que se intentaba imponer en las ciudades.

Por su parte, los centros urbanos se convertirían en escenarios para que los ciudadanos mostraran su buena educación y sus gustos refinados, haciendo de los mismos una élite acomodaticia y completamente acartonada, asimismo se percibían como lugares en donde los individuos podían alcanzar cultura y refinamiento. Las escue-

las, institutos y universidades se erigían dentro de las ciudades, y raramente en sus límites. Como complemento, se verían cambios urbanos considerables en los que se ampliarían los espacios públicos, para dejar más delimitado qué era lo público y qué lo privado. De esta forma, los servicios para la comunidad se atenderían mejor, de modo que se vería “la construcción de acueductos, mataderos, la canalización de aguas negras, el alumbrado eléctrico” (González, 1995: 434).

Este estado de cosas se mantendría en el siglo XX en el que se materializará con mayor vigor la implantación de la ciudad moderna, la de las autopistas, los servicios de tren o autobuses urbanos, y más tarde, el metro y los centros comerciales a la usanza norteamericana, en detrimento de los espacios peatonales que cada vez son más escasos. La presencia de la modernidad, si bien invade a Latinoamérica con lentitud, va imponiendo sus características a los centros urbanos, al extremo de que la rapidez, el anonimato, lo efímero, se asume como cualidad principal, dando paso al caos y lo fragmentado. Así lo describe Fernando Chueca al referirse a la ciudad contemporánea:

Lo que caracteriza a la ciudad contemporánea es precisamente eso, su desintegración. No es una ciudad pública a la manera clásica, no es una ciudad campesina y doméstica, no es una ciudad integrada por una fuerza espiritual. Es una ciudad fragmentaria, caótica, dispersa a la que le falta una figura propia. Consta de áreas indeciblemente congestionadas, con zonas diluidas en el campo circundante. Ni en unas puede darse la vida de relación, por asfixia, ni en otra por descongestión (Chueca Goitía, 2000: 22).

Desde finales del siglo pasado y en los primeros años del XXI, lo descrito por Chueca Goitia ha invadido a la mayor parte de las grandes ciudades de Latinoamérica convirtiendo la noción de ciudad en el lugar de las contradicciones, de la prisa, de los desencuentros e incluso de la violencia cotidiana.

Lo que se conoce hoy como la expansión urbana ha generado una serie de improvisaciones que convierten los rostros ciudadanos en una serie interminable de escenarios contrastantes donde ha desaparecido la armonía arquitectónica con que inicialmente fueron diseñados. De nuevo en las ciudades contemporáneas lo funcional ha sustituido a lo significativo e incluso a lo estéticamente aceptable.

El traslado masivo del campesinado a los espacios urbanos, es otro de los fenómenos modernos que ha modificado radicalmente la distribución de las ciudades, generando espacios periféricos que se convierten en suburbios para aquellos que no poseen una habitación sólida en la que asentarse. Se trata de los barrios marginales o colonias de alta peligrosidad en la que viven en total hacinamiento grupos numerosos de familias pobres.

Desde la otra cara de la moneda, los campos se han visto abandonados por los que no encontraron en ellos un espacio que les permitiera vivir de sus frutos. La literatura dará cuenta de este fenómeno, del poblamiento de las ciudades, del sentido de identidad que ambos territorios —la ciudad y el campo— generan en sus habitantes y de la recurrencia en que uno u otro se

presentan como escenario activo en la vida del hombre.

Nuestro continente, rico en contradicciones, igualmente presenta en la actualidad escenarios apegados a un estilo colonial que pervivió a pesar del tiempo transcurrido. El sentido de hibridez, del que habla Néstor García Canclini, está presente en Latinoamérica y se ve reflejado en todos los espacios que recorreremos. Subraya el antropólogo:

Los países latinoamericanos son actualmente resultado de la sedimentación, yuxtaposición y entrecruzamiento de tradiciones indígenas (sobre todo en el área mesoamericana y andina), del hispanismo colonial católico y de las acciones políticas, educativas y comunicacionales modernas. Pese a los intentos de dar a la cultura de élite un perfil moderno, recluso lo indígena y lo colonial en sectores populares, un mestizaje interclasista ha generado formaciones híbridas en todos los estratos sociales (García Canclini, 1989: 71).

## CONCLUSIONES

Así observamos hoy las ciudades latinoamericanas: como conglomerados de culturas, de estilos y de formas que otorga una larga trayectoria de conquistas, de periodos coloniales, de luchas por la libertad y por la independencia; con el mestizaje como característica definitoria que se extiende igualmente a su cultura, a sus expresiones artísticas y a sus formas de vida.

El comportamiento del ciudadano va de la mano de una construcción implícita de su ser generada por la ciudad como espacio

que es recorrido, en el que se ejerce el poder, la marginación, la esperanza o la derrota; lo que brota de los ciudadanos no son simplemente obras ajenas al contexto urbano; contrariamente se trata de construcciones culturales que se ven matizadas por las condiciones y personalidad que la urbe ha ido configurando, influenciada por todos los que la habitan.

Adentrarnos a las ciudades a través de su historia y de la composición social que la estructura es también una manera de entender a los hombres que la constituyen y de establecer una mirada totalizadora ante los fenómenos sociales cuya repercusión va de lo individual a lo colectivo, y de éste a lo histórico y a lo artístico.

## NOTAS

<sup>1</sup> Al respecto afirma José Luis Romero que “la ciudad fue europea en un mundo poblado por otras gentes y con otra cultura” (2001: 47).

## BIBLIOGRAFÍA

- Campra, Rosalía (2000), “La ciudad en el discurso literario” en *Revista SYC*, Buenos Aires.
- Chueca Goitía, Fernando (2000), *Breve historia del urbanismo*, Madrid, Alianza editorial.
- García Canclini, Néstor (1989), *Culturas híbridas*, México, Editorial Grijalbo.
- Gilbert, Alan (1997), *La ciudad latinoamericana*, México, Siglo XXI.

González, Beatriz; Lasarte, Javier; Montaldo, Graciela; Daroqui, María Julia (Compiladores) (1995), *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América latina*, Caracas, Monte Ávila Editores.

Rama, Ángel (1984), *La ciudad letrada*, Montevideo, Ediciones del Norte.

Rojas Mix, Miguel (1999), "La cultura hispanoamericana del XIX" en Luis Iñigo Madrigal (Coord). *Historia de la Literatura Hispanoamericana*, tomo II: *Del Neoclasicismo al modernismo*, Madrid, 3ra. ed., Editorial Cátedra.

Romero, José Luis (2001), *Latinoamérica. Las ciudades y las ideas*, México, Siglo XXI.

Vitale, Luis (1983), *Hacia una historia del ambiente en América latina. Nueva sociedad*, México, Editorial Nueva Imagen.